

—Precisamente la disculpa de las damas distinguidas: una persona de calidad siempre tiene cólico.

¿No es ese el tono exacto de la alta sociedad? ¿Y dudaréis aún de que Mr. Macheath es hombre de suposición, después de saber que ha merecido que le ahorquen y que no le han ahorcado? Ante esa prueba debe ceder todo.

Si todavía, no obstante, se quiere otra, Mr. Macheath añadirá que «en materia de conciencia y de moral rancia, no hay que ponerle á él con el vulgo; esas consideraciones le estorbarán tan poco, para medrar y gozar, como á los más grandes señores de Inglaterra.» Después de tales palabras, no hay más remedio que rendirse. Y no se hable de la hediondez de tales costumbres; ya se ve que no tiene nada de repulsiva, puesto que el público selecto se deleita con ella. Esas interioridades de cárcel y de lupanar, esos garitos, ese olor de aguardiente, esos tratos de Celestinas y esas cuentas de rateros, nada repugna á las damas, que aplauden en sus palcos. Esas damas cantan las canciones de Polly; sus nervios no se asustan de nada; han aspirado ya esos olores de tugurio en las églogas del amable poeta (1). Se ríen al ver á Lucía señalando su preñez á Macheath. Están familiarizadas con todas las lindezas de la medicina. Mistress Trapés expone su oficio delante de ellas, y se queja de tener once bellas clientes en manos del cirujano. Mr. Filch, inquilino habitual de las cárceles, dice que «habiendo quedado inválido el procreador favorito de hijos, él ha reunido algún dinero procurando embarazos á las damas de la casa para diferir sus sentencias.» Una vena atroz, agriada á fuerza de

(1) En esas églogas las damas refieren en estilo culto que sus amigas, tienen por amantes lacayos.

mordaz ironía, circula por la obra, como uno de esos arroyos de Londres, cuyas corrosivas hediondeces han descrito Swift y Gay; á cien años de distancia deshonra todavía á la sociedad que se salpicó y se miró en semejante cenagal.

## II

Pero eso no eran más que exterioridades, que no engañaron á los buenos observadores, como Voltaire, v. gr. Entre el cieno del fondo y la espuma de la superficie corría el gran río nacional que, purificándose por su propio movimiento, dejaba ya ver á ratos su verdadero color, para ostentar á poco la potente regularidad de su curso y la limpidez saludable de sus aguas. Circulaba en su lecho nativo; cada pueblo tiene el suyo y sigue su pendiente. Esa pendiente es la que determina el grado y forma de cada civilización, y la que hay que tratar de describir y medir.

Para eso no tenemos más que seguir á los viajeros de los dos países que en este momento atraviesan la Mancha. Jamás Inglaterra ha mirado é imitado más á Francia, ni Francia á Inglaterra. Para ver las distintas corrientes en que se deslizaba cada una de las dos naciones, no había más que abrir los ojos. En París, decía lord Chesterfield á su hijo, buscad la conversación culta: «versa sobre alguna cuestión de gusto, sobre algunos puntos de historia, de crítica y hasta de filosofía, que cuadran más en seres juiciosos que las disertaciones inglesas sobre el tiempo y el whist» (1). En efecto: nosotros nos hemos civilizado

(1) Véase, por contraste, en las obras de Swift, un facsímile de la conversación inglesa: *Essay on polite conversation*.

por la conversación; los ingleses no. En el instante en que el francés sale de la labor maquina y de la vida física grosera, y aun antes, ya está conversando: es su complemento y su placer. Apenas se ve libre de las guerras de religión y del aislamiento feudal, hace su cortesía y toma la palabra. Con el hotel de Rambouillet se abren los salones, y principia la amena conversación que va á durar dos siglos; alemanes, ingleses, toda la Europa novicia ó ruda la escucha con la boca abierta, y de vez en cuando pugna torpemente por imitarla. ¡Qué agradables son nuestros conversadores! ¡Qué delicadeza! ¡Qué tacto! ¡Con qué agrado y con qué destreza saben persuadir, interesar, cautivar, acariciar la vanidad enferma, fijar la atención distraída, insinuar la verdad peligrosa, y volar siempre á cien pies de las arideces en que se arrastran sus rivales con todo su peso nativo! Pero, sobre todo, ¡con qué rapidez han llegado á soltarse! Instintivamente y sin esfuerzo ninguno han alcanzado la desenvoltura del ademán, la facilidad de palabra, la elegancia de la dicción, la amenidad y la claridad perfecta. Sus frases, aún acompasadas en Balzac, se desentumecen, se sueltan, toman impulso, corren, y en Voltaire han adquirido alas. ¿Se vió nunca semejante deseo y semejante arte de agradar?

Las ciencias solemnes, la economía política, la teología, los habitantes ceñudos de la Academia y de la Sorbona, no hablan más que en epigramas. El *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, es también «*l'esprit sobre las leyes*». Los periodos de Juan Jacobo que producirán una revolución, han estado labrándose y pulimentándose en su cabeza durante diez y ocho horas. La filosofía de Voltaire es un centelleo de millo- nes de chispas. Toda idea debe ser un rasgo de inge-

nio; toda verdad, la más escabrosa como la más santa, debe trocarse en un juguete de salón, lanzado y devuelto como dorado volante por las lindas manos de las damas, sin detrimento de los encajes de donde cuelgan lánguidamente sus delicados brazos, ni de las guirnaldas que desarrollan en las paredes los sonrosados amores. Todo debe brillar ó sonreír. Se atenúan las pasiones, se morigera el amor, se multiplican las conveniencias, se extrema el tacto social. El hombre refinado se hace «sensible». Saca á todas horas el pañuelo bordado para enjugar un conato de lágrima; se lleva la mano al corazón, se enternece, se ha vuelto tan delicado y tan correcto que los ingleses le toman, ya por una mujercilla, ya por un maestro de baile. Pero mirad más de cerca ese peripuesto chisgaravís que murmura como un arrullo las canciones de Florián. El espíritu de sociedad que le ha llevado á esas insulseces le ha llevado también á otra cosa; porque la conversación, en Francia al menos, es una caza de ideas. Aun hoy, en medio de la desconfianza y la tristeza de las costumbres modernas, en la mesa, durante el café, es donde aparecen la alta política y la alta filosofía. Pensar, sobre todo, pensar velozmente, es una fiesta. El espíritu ve en eso una especie de baile. ¡Júzguese el apresuramiento con que se dirige á él! Toda nuestra cultura dimana de ahí. En la aurora del siglo, las damas, entre dos reverencias, trazan retratos primorosos y desarrollan disertaciones sutiles; entienden á Descartes, gustan de Nicole, prestan asentimiento á Bossuet. A poco empiezan las cenas, y allí se agita á los postres la existencia de Dios. ¿Acaso la teología, la moral, presentadas en un estilo atractivo, no son goces de salón y adornos de lujo? Donde quiera agúzase y bulle el ingenio como una li-

gera llama, por encima de todos los asuntos que le sirven de pábulo. ¡Qué vuelo el del siglo XVIII! ¿Se vió jamás sociedad más ganosa de altas verdades, más audaz para buscarlas, más pronta para descubrirlas, más ardiente para abrazarlas? Ninguna barrera, ningún obstáculo; nadie se detiene por consideraciones prácticas; se piensa por pensar; las teorías pueden desplegarse á sus anchas. En efecto, así se ha hablado siempre en Francia. Aquí se juega con las verdades generales; se saca una ágilmente del montón de hechos en que yace escondida y se desarrolla; el hombre se cierne por encima de la observación en el mundo de la razón y de la retórica; se encuentra mal y se siente atado, mientras no se halla en la región de las ideas puras. Y el siglo XVIII viene á continuar en este sentido el siglo XVII. Se había descrito el trato de gentes, la lisonja, la misantropía, la avaricia; se examina la libertad, la tiranía, la religión. Se había estudiado el hombre en sí; se estudia el hombre abstracto. Los escritores monárquicos y religiosos son de la misma familia que los impíos y revolucionarios. Boileau conduce á Rousseau, y Racine á Robespierre. La razón oratoria había formado el teatro regular y la predicación clásica; la razón oratoria produce la declaración de los Derechos y el *Contrato social*. Se forja cierta idea del hombre, de sus inclinaciones, de sus facultades, de sus deberes; idea mutilada, pero tanto más clara cuanto más reducida. De aristocrática que era, tórnase popular; en vez de ser un entretenimiento, es una fe; de las manos delicadas y escépticas pasa á las manos entusiastas y rudas. De una araña de salón se hace un hacha y una antorcha.—He ahí la corriente sobre la cual bogó el espíritu francés durante dos siglos, acariciado por los refinamientos

de una cultura exquisita, distraído por un enjambre de ideas brillantes, seducido por las promesas de esplendorosas teorías, hasta el momento en que, creyendo tocar los palacios de nubes que la distancia iluminaba, perdió de pronto el suelo y se vió arrojado en la tempestad de la Revolución.

Muy otra es la vía por donde ha caminado la civilización inglesa. No es el espíritu de sociedad el que le ha formado, sino el sentido moral; y la razón consiste en que el hombre es allí otro que en Francia. Los franceses que á la sazón descubren á Inglaterra lo ven palpablemente.

En Francia—dice Montesquieu—trabó amistad con todo el mundo; en Inglaterra con nadie. Aquí hay que hacer lo que los ingleses: vivir para sí, no preocuparse de nadie, no querer á nadie y no contar con nadie. Son «genios singulares»; por consecuencia, solitarios y tristes. «Son recogidos, viven mucho en sí mismos, y piensan completamente solos. La mayoría, con inteligencia, son atormentados por su misma inteligencia. Desdeñosos ó disgustados de todas las cosas, son desgraciados, con tantas razones para no serlo. Y Voltaire, como Montesquieu, vuelve de continuo sobre la energía sombría de ese carácter. Dice que en Londres hay días de Levante en que la gente se ahorca; cuenta con horror que se ha degollado una joven, y que el amante, sin decir nada, ha recogido el cuchillo. Se sorprende de ver «tantos Timones, misantropos atrabiliarios». ¿Hacia dónde encontrarán su camino? Hay uno que cada día se presenta más anchuroso. El inglés, naturalmente serio, meditabundo y triste, no es dado á mirar la vida como un juego ó como un placer; por lo común tiene vueltos los ojos, no hacia el exterior y la naturaleza risueña; sino hacia el inte-

rior y las cosas del alma; se examina á sí mismo, des-  
 ciende continuamente á sus intimidades, se confina en  
 el mundo moral y acaba por no ver otra belleza que  
 la que puede resplandecer en él; erige la justicia en  
 reina única y absoluta de la vida humana, y concibe  
 el proyecto de ordenar todas sus acciones con arreglo  
 á un código rígido. Y no le faltan las fuerzas en este  
 empeño, porque el orgullo viene en ayuda de su con-  
 ciencia. Habiendo elegido su camino por sí propio,  
 se avergonzaria de separarse de él; rechaza las tenta-  
 ciones como enemigos; ve que combate y triunfa, que  
 realiza una obra difícil, que es digno de admiración,  
 que es un hombre. Por otra parte, se libra del tedio,  
 su enemigo capital, y satisface su necesidad de acción;  
 el deber concebido da una ocupación á las facultades  
 un objeto á la vida, provoca las asociaciones, las fun-  
 daciones, las predicaciones, y, encontrando almas y  
 nervios más endurecidos, las lanza, sin gran sufrimien-  
 to de su parte, á las largas luchas, al través del  
 ridículo y del peligro. El temperamento reflexivo ha  
 dado la regla moral; el temperamento batallador da  
 la fuerza moral. Una inteligencia así dirigida, es  
 más apta que cualquier otra para comprender el de-  
 ber; una voluntad así armada, es más capaz que  
 cualquier otra de ejecutar el deber. Esa es la facultad  
 fundamental que por todas partes se encuentra en las  
 entrañas de la vida pública, como una de esas rocas  
 primitivas y profundas que, prolongándose de una á  
 otra región, dan á todos los accidentes del suelo su  
 asiento y su sostén.

## III

Se encuentra ante todo en el protestantismo, y por  
 esa estructura mental es el inglés religioso. Atrave-  
 sad aquí la rugosa é ingrata corteza. Voltaire se ríe,  
 se divierte con la gritería de los predicadores y el ri-  
 gorismo de los fieles. «Ni ópera, ni comedia, ni con-  
 cierto en Londres los domingos; hasta jugar á las car-  
 tas está prohibido expresamente.» Se solaza á expen-  
 sas de los anglicanos, «tan atentos á percibir los diez-  
 mos»; á expensas de los presbiterianos, «que tienen  
 cara de disgusto y predicán con la nariz»; á expensas  
 de los cuákeros, «que van á sus iglesias á esperar la  
 inspiración de Dios con el sombrero encasquetado».  
 Pero ¿no hay nada que notar fuera de esas exteriori-  
 dades? ¿Se cree conocer una religión cuando se cono-  
 cen particularidades de formulario y de sobrepelliz?  
 Bajo todas esas diferencias de sectas hay una fe co-  
 mún; sea la que quiera la forma del protestantismo,  
 su objeto y su efecto son el cultivo del sentido moral;  
 por eso es popular aquí; principios y dogmas, todo le  
 adapta á los instintos de la nación. El sentimiento de  
 donde parte todo en el reformado, es la inquietud de  
 la conciencia; su espíritu se representa la justicia per-  
 fecta, y comprende que la suya no subsistirá ante ese  
 dechado. Piensa en el juicio final, y teme su condena-  
 ción; se turba y se prosterna; implora de Dios el per-  
 dón de sus faltas y la renovación de su corazón. Ve  
 que ni por sus deseos, ni por sus acciones, ni por nin-  
 guna ceremonia, ni por ninguna institución, ni por sí  
 mismo, ni por ninguna criatura, puede merecer lo uno